§. 4.º

Figuras indirectas ú oblícuas.

Ya vimos arriba que estas formas sirven para expresar los pensamientos con cierto disfraz y disimulo. Las principales son nueve: *alegoria*, *alusion*, *atenuacion*, *dialogismo*, *dubitacion*, *ironia*, *parresia*, *perífrasis* y *pretericion*.

La *alegoria* es una serie no interrumpida de metáforas, con las cuales se dice una cosa y se entiende otra. Puede contarse entre los tropos, en cuanto que las palabras que la componen pueden interpretarse en sentido tropológico; pero pudieran tomarse como suenan, y hé aquí por qué se pone, y con razon, entre las figuras oblícuas, que sirven para presentar disfrazado el pensamiento. Recuérdese lo que dijimos al hablar de la metáfora (pág. 30), y se hallará justificado este aserto. Aun cuando ya en aquel lugar se puso un ejemplo que lo comprobara, añadiremos aquí otro para mayor claridad. Queriendo el profeta Natan reprender á David por el doble crímen del asesinato y adulterio, se vale de una ingeniosa alegoria, y le dice: «Señor, en una ciudad habia dos hombres, el uno rico y el otro pobre. El rico tenia muchas ovejas y bueyes; mas el pobre no tenia más que una ovejita que habia comprado y criado, y que habia crecido en su casa juntamente con sus hijos comiendo de su pan, bebiendo de su vaso y durmiendo en su regazo, y era para él como una hija. Y como hubiese llegado un forastero á casa del rico, no tomó este, por ahorrar, ni de sus ovejas ni de sus bueyes para dar un banquete al forastero, y mató la ovejita del hombre pobre, y la aderezó para dar de comer al recien venido. —David entonces, irritado en extremo contra aquel hombre, dijo á Natan: Vive el Señor, que es digno de muerte quien tal hizo. Pague la oveja con cuatro tantos por semejante accion y por no haber sido más considerado.—Pues bien, tú eres ese hombre, exclamó Natan,» etc. Es claro que quien no estuviera en los antecedentes podria tomar á la letra la narracion de Natan; pero para los conocedores del secreto, el hombre rico es *David*, el pobre *Urías*, la oveja *Betsabée*, etcétera. No se olvide que en las verdaderas alegorias todas

las imágenes han de estar derivadas de un mismo principio y no traidas de objetos de órden diferente.

La *alusion* consiste en traer á la imaginacion del lector ú oyente una cosa que no se nombra en virtud de la asociacion de ideas que hay entre lo que se dice y lo que se quiere recordar. Cuando Cervantes dice que D. Quijote vió no lejos del camino una venta, «que fué como si viera una estrella, que no á los portales, sino á los alcázares de su redencion le encaminaba,» alude manifiestamente á la estrella de los tres Magos.

Las alusiones han de ser claras y fáciles de entender, pues de lo contrario no serian alusiones sino enigmas. Deben ser además acomodadas al tono de la composicion, y sobre todo no han de envolver nunca ideas obscenas ó torpes.

La *atenuacion*, llamada tambien *litote*, consiste en rebajar las cualidades de un objeto empleando la forma negativa en vez de la afirmativa, para que se le estime en lo que realmente es. Virgilio pone en boca de uno de sus pastores estas palabras: «Y á fé que no soy tan feo; no ha mucho que me ví en el espejo de las aguas,» etc. Esta figura, como dice Jovellanos, es el lenguaje de la modestia, y su uso indispensable cuando uno habla de méritos propios, ó da consejos á personas á quienes debe consideracion y respeto. Así solemos decir: *no estuve tan desgraciado*, por *estuve feliz*; *no seria inconducente* hacer esto ó lo otro, por *convendria* hacerlo; *yo no puedo alabar tal conducta*, por *debo afearla*, etc. Aunque al parecer se dice menos de lo que se intenta en esta y otras frases, los accesorios dejan ver el pensamiento tal cual es en realidad.

El *dialogismo* consiste en fingir una conversacion entre dos ó más personas, verdaderas ó ideales, la cual se cita textualmente como en el siguiente pasaje de una oracion fúnebre: «El viejo decia á sus hijos: hijo mio, murió el varon justo! El desvalido y el infeliz exclamaban: cayó nuestro amparo!»

Cuando esta conversacion la entabla uno consigo mismo se llama *soliloquio*. Tal es el siguiente que Cervantes pone en boca de Sancho cuando su amo le envió con una embajada para Dulcinea:... «Apenas hubo salido del bosque, cuando volviendo la cabeza y viendo que D. Quijote no parecia, se apeó del jumento, y sentándose al pié de un árbol, comenzó á hablar consigo mismo y á decirse: «Sepamos agora, Sancho hermano, á dónde va vuestra merced: ¿va á buscar algun jumento que se le haya perdido? no por cierto.

009988

Pues ¿qué va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y en ella al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. Y ¿á dónde pensais hallar eso que decís, Sancho? A dónde? en la gran ciudad del Toboso. Y bien, de parte de quién la vais á buscar? De parte del famoso caballero D. Quijote de la Mancha, que desface los tuertos, y da de comer al que ha sed, y de beber al que ha hambre,» etc.

El dialogismo, así como el soliloquio, pueden admitir todos los tonos, y de consiguiente las expresiones y frases en que se conciban deben ser acomodadas al temperamento de la obra é importancia de los pasajes. No constituyen esta figura las conversaciones sostenidas en las composiciones dramáticas, en las poesias mistas, en las arengas, y en muchas novelas dialogadas, porque en ellas es el diálogo su propia forma.

Hay otra especie de dialogismo que consiste en manifestar uno su opinion acerca de alguna cosa, no ya directamente, sino bajo ciertas suposiciones. Despues de hacer ver Ciceron en defensa de Ligario los diversos modos como calificaban sus conciudadanos la última guerra civil, añade: «Si á mí se me preguntara cuál es el nombre propio y verdadero que conviene á ese mal comun, diria que era una especie de fatalidad que arrastró impensadamente los ánimos, no debiendo por tanto maravillarnos de que las disposiciones del Cielo hayan dejado burlados los proyectos de los hombres (1).» Déjase conocer que el orador muestra su opinion, indirectamente, esto es, bajo la hipótesis de que se le pidiera. Advertiremos, por fin, que aunque el dialogismo puede caber en pasajes muy patéticos, nunca puede llegar á la elevacion de la prosopopeya; porque en efecto, no es menester tanto acaloramiento y entusiasmo para hacer hablar á un ser racional como á cualquiera otra criatura.

La *dubitacion* consiste en aparentar cierta perplejidad acerca de lo que conviene decir ó hacer, por más que se haya resuelto lo que se cree más conveniente, como en el siguiente pasaje de Ciceron: «Qué haré, jueces? si callo, me confirmareis reo; si hablo, me tachareis de mentiroso.»

---

(1) *Ac mihi quidem, si proprium et verum nomen nostri mali quæratur, fatalis quædam calamitas incidisse videtur, et improvidas hominum mentes occupavisse, ut nemo mirari debeat humana consilia divinâ necessitate esse superata.* Cic. pro Lig.

Esta figura puede ser una de las más apasionadas cuando la duda se pone en boca de algun ser que se introduce hablando por dialogismo ó prosopopeya, en cuyo caso es de rarísimo uso, pues solo puede tener lugar en situaciones muy patéticas. Fr. Luis de Granada nos ofrece un bellísimo ejemplo de esta dubitacion, cuando hablando del descenso de nuestro Redentor á los infiernos, dice: «Y todos (los espíritus infernales) en medio de sus tinieblas, comenzaron entre sí á murmurar y decir: ¿Quién es este tan fuerte, tan resplandeciente, tan poderoso? ¡Nunca tal hombre como este se vió en nuestro infierno! Nunca á estas cuevas tal persona nos envió el mundo nuestro tributario! Acreedor es este, no deudor: quebrantador nuestro, no pecador: juez parece, no culpado: á pelear viene, y no á penar. Decid: ¿á donde estaban nuestros guardas y porteros cuando este conquistador rompió nuestras puertas y cerraduras? Cómo ha entrado por fuerza? Quién será este que tanto puede? Si este fuera culpado, no seria tan osado. Si tuviera alguna oscuridad de pecado, no resplandecieran nuestras tinieblas con su luz. Mas si es Dios, ¿qué hace en el infierno? si es hombre, ¿cómo tiene tanto atrevimiento? Si es Dios, ¿qué hace en el sepulcro? Y si es hombre, cómo despoja nuestro limbo? ¡Oh Cruz, cómo tienes burladas nuestras esperanzas y causada nuestra perdicion! En un árbol alcanzamos todas nuestras riquezas, y ahora en el de la Cruz las perdimos.»

En este bellísimo pasaje se hallan delicadamente combinadas, además de la *dubitacion*, várias otras figuras de las más nobles, como el *dialogismo*, la *interrogacion*, la *exclamacion*, la *apóstrofe*, la *antítesis*, la *alusion* y la *epifonema*. Cuando la dubitacion se lleva por un largo período, como aquí, recibe tambien el nombre de *suspension* ó *sustentacion* porque, en efecto, tiene como suspensos los ánimos de los oyentes ó lectores, interesando su atencion y picando vivamente su curiosidad.

La *ironia* consiste en decir lo contrario de lo que se siente, pero de tal manera, que se dé bien á conocer la intencion del escritor. Lamentándose Moratin de los malos poetas de su tiempo, dice:..... «¿Y el estilo? y la versificacion? y el estro poético que resplance en aquellas composiciones? no es particular? no es admirable? Desde el ovillejo mas diminuto y vil, á las octavas más retumbantes y pomposas, ¿no se descubren bellezas incomparables que darán fama inmortal á las recalientes seseras que las produjeron?.....»

La ironia debe darse á conocer por la entonacion de la voz, por los gestos y ademanes; pero como el escrito es un lenguaje mudo, es preciso que las ideas accesorias pongan en claro el pensamiento, como sucede en el ejemplo anterior.

Esta figura puede presentarse bajo diversas formas, á cada una de las cuales han dado los retóricos los diferentes nombres de *antífrasis*, *asteismo*, *carientismo*, *clenasmo*, *diasirmo*, *mímesis* y *sarcasmo*; pero prescindirémos de ellas, porque todas son una misma *ironía*, más ó ménos fina, más ó ménos rebozada, más ó ménos grosera; y solo harémos mencion de la última para advertir que es indigna de un hombre de bien, y que solo puede ponerse en boca de una persona bárbara ó arrebatada de furor.

Consiste pues el *sarcasmo* en decir lo contrario de lo que se siente, pero con una burla tan marcada que pasa ya á ser un insulto, especialmente si se dirige á una persona desvalida ó colocada en circunstancias angustiosas. A este género pertenecen los insultos que los judíos hacian á nuestro Redentor enclavado en la cruz, diciéndole: «Bah! tú que tienes poder para destruir el templo de Dios y reedificarle en tres dias, vamos á ver, sálvate á ti mismo..... Si eres hijo de Dios, baja de esa cruz..... ¡El que salvaba á los demás, y no puede salvarse á sí mismo!.....»

La *parresia* ó *licencia* consiste en aparentar que uno se excede diciendo delante de una persona cosas de que al parecer debia resentirse, pero de tal modo y con tal finura, que al cabo lisonjee más que ofenda. Ciceron nos ofrece un bellísimo ejemplo de esta figura, ejemplo citado tambien por Hermosilla. Defendiendo á Ligario, á quien acusaban de que al parecer, habia seguido el partido de Pompeyo, se acusa á sí mismo de haber militado bajo las propias banderas, para probar que pues César no le guardaba por ello resentimiento alguno, antes le habia colmado de honores, tampoco se le guardaria á Ligario, aun suponiendo que fuese fundada la acusacion. Hé aquí sus palabras: «Considera, César, cuán grande debe ser la confianza con que defiendo esta causa (la de Ligario), cuando para hacerla triunfar voy á poner de manifiesto la mia. ¡Oh clemencia admirable y digna de ser ensalzada con todo género de alabanzas, encomios, escritos y monumentos! Ciceron sostiene en tu presencia que otro no siguió el partido que confiesa haber seguido él mismo, y no teme lo que pensarás interiormente, ni le acobarda lo que podrá ocurrírtese de él al oirle hablar así en defensa de otro. Mira cuán léjos estoy de temer, mira

hasta qué punto me inspiran confianza en este instante tu bondad y tu prudencia. Esforzaré mi voz cuanto pueda para que el pueblo romano oiga lo que voy á decir. César, emprendida la guerra civil, y aun estando ya bastante adelantada, salí, sin que me violentara nadie, de mi propia voluntad y obedeciendo á mis convicciones, á unirme con el ejército que habia tomado las armas contra ti. Y ¿ante quién hablo yo así? cabalmente á presencia de aquel mismo que, sabiendo todo esto, me restituyó, no obstante, á la república antes de verme; que me escribió desde el Egipto, confirmándome en la posesion de los honores que hasta allí habia tenido,» etc. Aun cuando al parecer debiera resentirse César de los recuerdos que trae Ciceron, los trae sin embargo de tal modo, que más son para encontrarle agradecido que irritado.

La *perífrasis* consiste en aglomerar muchas voces para expresar lo que pudiera significarse con pocas, como cuando se dice: «el fiero estruendo de Marte» por *la artilleria*. La perífrasis se usa para disfrazar las ideas torpes ó ménos decentes que pueden ofender los oidos del que escucha, lastimar su amor propio, etc., y tambien para dar novedad á las ideas comunes y triviales. Ejemplo de lo primero: No queriendo un historiador expresar claramente la torpe infidelidad de una matrona romana, dice así: «Un histrion dió herederos á los descendientes de los Cipiones y Emilios.» —Ejemplo de lo segundo: queriendo decir Cervantes que *apenas habia salido el sol*, se expresa de este modo: «Apenas la blanca aurora habia dado lugar á que el luciente Febo con el ardor de sus calientes rayos las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando D. Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pié y llamó á su escudero Sancho.» En los poetas son muy frecuentes estas circunlocuciones ó rodeos poéticos.

La *preterición* consiste en aparentar que quiere pasarse en silencio una cosa que al mismo tiempo se está expresando, como en el siguiente pasaje de Ciceron contra Verres: «Nada diré de su boato, nada de su insolencia, nada de sus maldades y torpezas; solo hablaré de sus usuras y concusiones.»

Esta figura que Ciceron usa con gran frecuencia, es de excelente efecto si se sabe manejar con tino; y sirve para reforzar los hechos principales que tratamos de comunicar, y hacer que resalte más lo que tienen de censurable ó de plausible, segun su naturaleza y circunstancias.